

européa que se impone, fuera indispensable y preciso prescindir de esta variedad tan hermosa y pintoresca que ofrece nuestra Península todavía, y de la cual acaso no queden rastros en la próxima centuria que ya casi tocamos. El huertano que trataron nuestros padres, el que conocemos hoy nosotros y conocen nuestros hijos, ni es el que vivió con nuestros abuelos, ni será tampoco el que han de conocer nuestros nietos... Quiera Dios que si la transformación se realiza en nombre de la paz y del bien común, sea para ventura del encantado paraíso de la bendita tierra de Murcia, cuyas bellezas, por si algo les faltaba, ha cantado el legendario poeta de nuestro siglo; el que ha dado vida en sus inmortales y románticas creaciones, que habrán de ser siempre regocijo y deleite de las edades, á aquellas otras que pasaron, haciendo vibrar en sus romances, en sus dramas y en sus endechas, las cuerdas todas del sentimiento nacional conmovido á su voz profundamente; el que ha creado el tipo de don Juan Tenorio, el insigne Zorrilla, en su reciente y aplaudido poema, que lleva por título *De Murcia al Cielo*, y cuyas estrofas quisiéramos trasladar íntegras á este sitio!



## CAPÍTULO X

MURCIA—La Capital—Su antiguo recinto—Puertas y murallas—El Alcázar—Kibir—Su extensión é importancia—Dar-ax-Xarife—La Torre de Caramajúl—El Alcázar Nássir—La Catedral—Emplazamiento de la antigua Mezquita—Aljama de Murcia—Imafronte de la Catedral—La Capilla de los Junterones—La portada de los Apóstoles—La capilla de los Vélez—La Torre—La Puerta de Cadenas

**P**ARA el viajero que contempla por vez primera el delicioso panorama desplegado á su vista de repente y al abrirse la vía férrea camino por terrenos ya de la provincia de Murcia,—el espectáculo no puede ser ni más encantador ni más sorprendente, sobre todo cuando acaba de cruzar las áridas, interminables y monotonas llanuras del páramo manchego, y los no más accidentados campos de Albacete. Apenas casi y en las primeras horas de la mañana, toma el tren desde Chinchilla la curva que



se desliza teniendo las derivaciones montuosas que con vario movimiento se dilatan hasta morir en el Cabo de Palos, por la izquierda, y las ramificaciones de la Cordillera Mariánica, irregularmente tendidas á la derecha de la vía,—anúnciase ya, exuberante y rica, la porción desigual del nacional territorio adjudicada en el reparto de 1833 á la provincia murciana. Pelados cerros, cuya cima, de vez en cuando, coronan rojizos los arruinados muros de algún castillo roquero, cuya triste silueta dibuja y recorta lo informe de sus contornos descompuestos sobre el azul limpio del firmamento para desaparecer borrada en el fondo oscuro de aquella serie escalonada de montañas, semejantes en su forma y aspecto á olas gigantescas de un mar repentinamente solidificado; valles entrecortados y frecuentes donde, cuando todavía en las regiones castellanas la naturaleza no ha vuelto en sí del letargo del invierno, y los árboles tienden aún sus brazos descarnados y nudosos como solicitando las caricias vivificadoras de la primavera,—resplandece en toda su lozanía la vegetación, esmaltando vistosamente el camino; alegres poblaciones agrupadas á la falda de los montes, como buscando y requiriendo su defensa contra los vientos perjudiciales, y semejando desde las ventanillas del carruaje,—arrastrado por el vapor en rápida y poderosa carrera,—los piadosos simulacros pintorescos con que los niños festejan y celebran llenos de júbilo el nacimiento del Mesías; villas populosas tendidas en la llanura, y medio ocultas y como perdidas entre las frondosas ramas de los árboles, rodeadas de huertos verdeguantes, y heridas por los refulgentes rayos del sol que hacen destacar la blancura deslumbradora de los muros de sus casas, y los tonos rojizos de los tejados, sobre el que podría decirse peregrino ataurique de esmeralda; diseminados caseríos; colinas de poca elevación y de constitución calcárea, en cuyas estribaciones, la mano del tiempo, artista infatigable que aspira á la eternidad sin duda con mayores pretensiones que ninguno, finge y simula grandiosas construcciones, las cuales aparecen como en ruinas, y de las que sólo afectan sobrevivir los basamentos; fá-

bricas fantásticas, cuya supuesta construcción se ostenta con toda la regularidad y el esplendor propios del arte del Renacimiento, con salientes rectangulares contrafuertes recorridos de molduras, las basas sobre que se alzaban las pilastras, y produciendo tal y tan vivo efecto, que la imaginación cree distinguir los relieves de vichas y de frondas enriqueciendo con sus detalles minuciosos cada miembro soñado; socavones de igual condición, labrados por las aguas, y donde todo conspira á producir el efecto de singulares sillerías, con los regulares y puros lineamientos de aquel estilo, tallados en la piedra...

Poco á poco, el horizonte, que cierra á uno y otro lado imponente cadena de montañas, va dilatándose, peregrino; van creciendo los valles, animándose aún más la naturaleza, hasta que, al llegar el tren á la estación de Alguazas, donde cruza el Segura por un puente de hierro, y principalmente al llegar á la de Alcantariillas, dentro ya del antiguo término de la ciudad de Murcia, las vertientes de la cordillera mediterránea han desaparecido á lo lejos de la vista, regocijadamente reemplazadas por la exuberancia de la famosa Huerta. Desde este punto, el encanto del viajero, en las condiciones marcadas, ni cesa ni puede ser mayor ni más grande: como por arte de encantamiento, se juzga transportado á regiones distintas y distantes de aquellas de que procede, al contemplar en su creciente sorpresa, el cuadro maravilloso ante sus ojos extendido. Lozanos trigos, arboledas cubiertas lujosamente de follaje, palmeras, moreras, barracas, azarbes y partidores, acequias por donde discurre mansa y tranquilamente el agua que fecunda aquel verjel, todo cuanto evoca en la imaginación el recuerdo de los cuadros seductores con que pintan los viajeros los encantados oasis del desierto, todas cuantas maravillas son referidas de las regiones de la Arabia, ilusión que se acrecienta al aspirar el ambiente embalsamado que, á manera de salutación y bienvenida, envía aquel verdadero paraíso, á cuya presencia el espíritu se exalta y extasía.

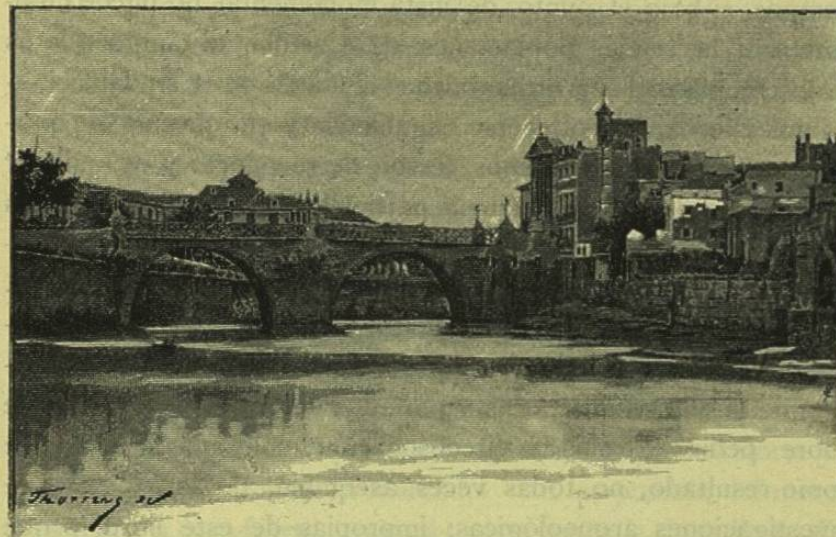
Cuando el tren se detiene en la estación modestísima de



Murcia, sombreada por corpulentas acacias que crecen á los lados de la vía, y de cuyas ramas desprende la templada brisa las hojas menudas de las blancas flores, que caen sobre el viajero como copos de nieve ó lluvia de plata,—la voluntad está ganada: la ciudad árabe que recibe al viajero alfombrando de tal suerte su camino, que le acoge ofreciéndole vistosos ramos de pintadas y aromosas flores con los cuales brindan incitantes sus mujeres en ceceosa y agradable charla,—digna debe de ser de las alabanzas que le tributan sin descanso y sin distinción de tiempos los escritores orientales y los europeos, y de la Huerta que ha cruzado llena de orgullo y respirando á plenos pulmones la locomotora, cuya chimenea parece darse prisa á arrojar en negras y revueltas espirales el humo del oleoso carbón de piedra que llena sus entrañas, para sustituir su olor acre por el fresco y perfumado que allí discurre como propio. Y con efecto: al seguir, no ya en el ómnibus sino en la característica *tartana* de alfombrados asientos y enjaezada cabalgadura, por la *calle de Floridablanca* que borda á una y otra orilla lujosa arboleda, y en cuyos extremos se levanta el modesto caserío de aquel suburbio compuesto de edificios de un solo piso, frescos, alegres, donde se agrupan vistosamente los moradores del mismo bajo la espesa enramada ó bajo los toldos que cobijan y guarecen á la sombra mesillas dispuestas para comer; cuando se cruza la *Plaza de la Media luna*, dejando á la derecha el edificio de la iglesia del Carmen, erigido en 1748, cual se declara en la portada del mismo, y continuando por la *calle de la Alameda*, hermoçada por el *Paseo de Floridablanca*, se desemboca en la cuadrada *plaza*, hoy dedicada al Marqués de Camacho, antes consagrada para las fiestas de toros, recientemente honrada con la estatua de Muñoz (1), y ennoblecida

(1) Este monumento, erigido por la gratitud de los murcianos á la caridad del Sr. Muñoz, ejecutoriada en la terrible inundación de 1870, sobre modesto es de poco gusto, y se halla formado por un pedestal de mármol, cerrado por su correspondiente verja de hierro, y sobre él, en pie, la estatua en bronce del Sr. Muñoz, en actitud meditativa.

por las fábricas que con dos órdenes de gallardos arcos de medio punto se levantan en su extremo meridional; cuando, tras-puesto el sólido puente sobre el Segura,—sosegado, tranquilo, humilde y placentero comunmente, amenazador y terrible en ocasiones,—se descubre á la derecha la cerrada *Glorieta*, con la monumental fachada de la *Casa-Ayuntamiento*, el pabellón á



MURCIA.—VISTA DEL PUENTE Y DE LA CIUDAD DESDE EL PASEO DEL MALECÓN

lo lejos de la *Biblioteca episcopal*, que avanza en dirección al río por el llamado *Paseo de Garay*, al frente *el Arenal*, á la izquierda, también avanzando, las modernas casas de Zabalburu, labradas al estilo madrileño, el *Plano de San Francisco* y el ponderado *Malecón*, que sigue aguas arriba el cauce del Segura, y, descollando sobre todo, sobresale robusta la mole de la *Torre de la Iglesia Catedral de Santa María*,—no encuentra el viajero sino motivos que justifiquen la impresión favorable recibida al atravesar la Huerta, y al recordar el halagüeño recibimiento que en la estación, coronándole de flores, le hacen las acacias al leve impulso de la brisa.



Pintoresca y desigual, como casi todas las poblaciones andaluzas; reconstruido en su mayor parte desde el siglo XVI el caserío que la forma; sin que guarde apenas, si no es en su general aspecto, memorias individuales de la dominación musulímica, ni tampoco de los felices días de su rescate,—la ciudad de Murcia, la celebrada capital de aquel antiguo reino, cuyos límites y cuyas fronteras tantas modificaciones experimentaron en todos tiempos, si bajo el punto de vista monumental no puede competir con las viejas poblaciones de Castilla, ni tampoco le es dado compararse con otras muchas ciudades de la Andalucía,—no por ello deja de ofrecerse engalanada y enriquecida de particulares méritos, que hemos, lector, de reconocer y de quilatar juntos, al proceder al examen particular de las más principales ya que no de todas las muestras que aún, como nobiliaria ejecutoria, guarda de su pasada grandeza en el presente estado. Bien se deja comprender por tanto, la imposibilidad de pretender ciertamente, para el fin que perseguimos, la total reintegración de la ciudad en épocas y períodos determinados, tarea que sobre pedir extremada circunspección, sólo puede ofrecerse como resultado, no todas veces asequible, de larga serie de investigaciones arqueológicas, impropias de este libro, y que dificultan si no es que hacen en nuestros días de todo en todo imposible, la desaparición por una parte casi completa de aquellos indicadores restos con cuyo auxilio podría aspirarse á rastrear, á través de las evoluciones realizadas por la ciudad en su creciente desarrollo y á través de los tiempos, lo que fué en edades ya remotas, y la pérdida por otra, ó el extravío de los documentos por los cuales viniera á suplirse la falta del testimonio monumental, de tanta fuerza como prestigio en este linaje de áridos estudios.

Á pesar de ello, por ventura, señalando aún el antiguo perímetro de la ciudad por NE. y por Poniente, la *calle de Santa Teresa* y el *Val de San Antolín* claramente revelan los límites que por ambas partes tuvo la población, como residuo de la

*carcaba* á que hacía referencia el rey don Alfonso el Sabio en la más interesante de las cartas que desde Sevilla dirigía en 1266 á la sometida Murcia, haciéndose posible al propio tiempo, bien que no con entera seguridad en el trazado, el fijar por mediodía y por oriente la extensión de la risueña corte de Ebn-Raxic, determinada como se halla por el cauce del Segura, cuya dirección experimentó algunas modificaciones á levante, y por el *Val de San Juan*, en extremo significativo. Con ligeras variaciones y siguiendo por lo común al canónigo Lozano, los escritores locales señalan y puntualizan las puertas que abrían el amurallado recinto de la ciudad musulime, haciéndolas subir unos al número de seis y otros al de siete; «próxima al puente que hoy existe,—decía en 1845 el ilustrador de la Murcia mahometana,—estuvo la puerta de *Africa* (1), desde la que corría la muralla con dirección al oriente hasta la puerta de *Alquibla* ó de *Bibalmunen*, que estuvo junto al actual teatro (2)...» «Desde la puerta de *Alquibla* seguía la muralla con la misma dirección á la de *Auriola*, que estaba donde ahora está la plaza de Santa Eulalia; y continuaba volviendo más adelante con dirección al norte y á poniente hasta cerca de la Merced.» «En las puertas del mercado hubo una casa fuerte..., y otra puerta pequeña titulada de *Ben Amadi* (3).» «Desde este punto seguía la muralla á la calle del Porcel donde estuvo la puerta de *Aljufia*, y siguiendo también por Santa Teresa, volvía al mediodía hasta la puerta de *Xecura*, que estuvo en el mismo sitio que ahora ocupa el arco del Pilar (4),

(1) El escritor de quien copiamos, cita en este punto el testimonio de Conde en la *Hist. de la dominación de los árabes en España*, t. II, pág. 323; pero en semejante página de la edición de 1820, que tenemos á la vista, no se hace mención de puerta alguna y menos de la de África.

(2) El que había en 1845, como discretamente observa el Sr. Fuentes y Ponte en su interesante *Murcia que se fué*, notas á la tabla primera, pág. 417.

(3) «LOZANO, *Bastitania y Contestania*, t. II, págs. 134 y 135» (Nota del señor Ponzoa).

(4) «La Puerta del Pilar,—dice el Sr. Fuentes y Ponte,—constaba últimamente de un solo arco, bajo el cual y en uno de sus estribos estaba una reja de la ermita: fué destruída [la puerta] para mejoramiento de la calle en 1863, y se mudó la



continuando y torciendo al oriente á unirse con... la puerta de *Africa*» (1).

Investigaciones posteriores, realizadas por uno de los más laboriosos é inteligentes cultivadores de los estudios arqueológicos en Murcia (2), autorizan á otros escritores á elevar al de siete, según dijimos, el número de puertas de la ciudad, situándolas en forma no desemejante á la indicada, de suerte que la *Puerta de Alquibla* ó *Bib-al-quíbláh*, puerta del mediodía, debió hallarse en el encuentro de la *calle del Val de San Juan* y la que partiendo de la *calle de los Apóstoles*, va á la *de Ceballos*. Seguía por ésta la muralla, que tanta admiración produjo en Muntaner en el siglo XIII; y torciendo luego hacia poniente, á espaldas del *Hospital*, del *Instituto de Segunda Enseñanza*, del *Seminario* y del *Palacio Episcopal*,—pasaba por las *Casas Consistoriales*, desde cuyo punto se adelantaba un poco en dirección al río, para abrirse, entre las modernas casas de Zabalburu y la *calle de la Palmera*, la *Bib-Ifriquia* ó *Puerta de África*, y continuar en la misma línea el muro hasta torcer camino del septentrion y volver á abrirse con la *Bib-Xicura* ó *Puerta del Segura*, más tarde llamada *de Vidrieros*, donde estuvo el *Arco del Pilar* y existe la iglesia del mismo título. De allí proseguía por el *Val de San Antolín* la muralla, doblándose á oriente en la desembocadura de la *calle de San Nicolás*, punto en el cual tornaba á abrirse con la *Bib-as-Soque*, ó puerta del Zoco ó mercado, en el edificio de Santa Florentina, hoy *Casa de Maternidad*, caminando en pos por la *calle de Santa Teresa*; en el punto de intersección de ésta y la *del Porcel*, situaba la *Bib-al-justia*, ó puerta del norte, desarrollándose la muralla hasta el extremo casi de la *Trapería*, donde estuvo la *Bib-al-munién* ó *Bib-al-munén*, puerta de

puerta de dicha ermita al sitio que antes ocupaba la reja» (*Murcia que se fué*, página 410).

(1) PONZOA, *Hist. de la dominación de los árabes en Murcia*, págs. 22 y 23.

(2) Aludimos al Sr. D. Juan Albacete, digno individuo de la Comisión Provincial de Monumentos en Murcia, fallecido hace pocos años.

las almunias ó casas de recreo, tendiéndose casi en línea recta por las calles *de Zambrana* y *de Orcasitas* el recinto, no lejos de la *Merced*, y torciendo después hacia el mediodía hasta llegar á la *Plaza de Santa Eulalia*,—donde colocan la *Bib-Oriola* ó puerta de Orihuela,—se enlazaba por la *calle del Val de San Juan* con la *Bib-al-quíbláh*, ya mencionada, cerrando así el perímetro de la población, la cual resultaba por consiguiente de mayor latitud de E. á O. que longitud hubo de contarse de S. á N. (1).

En el siglo XVI, en que las murallas habían experimentado diversas obras de reconstrucción y reparo que adulteraron su fisonomía,—á pesar de lo cual seguían siendo «muy altas y muy fuertes, hermosas, con muchos torreones á espacios compasados (2) y coronadas de almenas» (3),—daban entrada á la ciudad no menos de doce puertas. Correspondiendo con la dirección que arriba seguimos, trocado el nombre y labrada indudablemente de nuevo, ofrecíase en reemplazo de *Bib-al-quíbláh* la

(1) Debemos estas noticias á la galantería de nuestro buen amigo el docto y elegante escritor murciano Sr. D. Pedro Díaz Cassou, autor de la *Huerta de Murcia*, y apasionado amante de cuanto dice relación con su querida patria. Existía además en Murcia otra puerta en el siglo VI (XII de J. C.), cuyo emplazamiento es desconocido, y que se denominaba *de Aben-Ahmed* (باب ابن احمد), al salir de la cual había un cementerio llamado *Al-Baquiá*, donde el año 563 fué enterrado el poeta murciano Yahya-ben-Baqui. Abh-Dhabi es quien da esta noticia escribiendo: توفي عفا الله عنه في عام ٥٦٣ ودفن في البقيع خارج باب ابن احمد. Murió (sea benéfico Alláh con él) el año 563, y fué enterrado en la *al-baquiá* (a), fuera de la puerta de *Aben-Ahmed* (Adh-Dhabi, pág. 485 de la ed. de Codera y Ribera, Madrid, 1885). De otra hace mención el mismo autor á la pág. 33, llamada, según pregunta el Sr. Codera, *Al-Faricah* (باب الفريقة), que debía separar, cual de tal nombre se deduce, un arrabal de otro, siendo en ella muerto de una pedrada *Al-Tsogray*; pero la duda del Sr. Codera en la lectura de esta palabra nos induce á creer que se alude á la de África, *Bib-Ifriquia* (باب إفريقية), ya mencionada, sino es que acaso y siendo puerta distinta, y separando un arrabal de otro al occidente, se llamara *Puerta de Caravaca* (باب القربقة—*Bib-al-Carabaca*).

(2) «En algunos puntos han tenido [las murallas] noventa y cinco torres con almenas y matacanes» (FUENTES Y PONTE, *Murcia que se fué*, pág. 32).

(3) CASCALES, *Discursos hist. de la ciudad de Murcia y su reino*, discurso XVI, pág. 317 de la ed. de Tornel.

(a) Nombre de un cementerio de Medina.



*Puerta del Toro*, al entrar en la *calle del Val de San Juan*; seguía luego, construída quizás en el siglo xv, «rica, con su espacioso arenal y antepecho de la ribera de Segura,» la *Puerta del Sol*, entre la manzana de casas en que están las Consistoriales y la que continúa por el *Paseo del Arenal*; en el sitio donde estuvo la *Bib-Ifriquia*, abríase el mismo ingreso, titulado ya *Puerta del Puente*, cuya fábrica debió ser reconstruída en los días de Enrique III, mientras para el mejor servicio y desahogo del Almudí, habíase practicado una abertura en el muro, con nombre primero de *Puerta de la Aduana* y después de la *Verónica*, en la calle que aún tal denominación conserva. Convertida en *Puerta de Vidrieros* subsistía *Bib-Xicura*, con la ermita de la Virgen del Pilar, propiedad del Ayuntamiento; y más allá la *Puerta de San Ginés* daba salida á San Agustín, la Arrijaca, San Antón y la ermita de que tomó apelativo aquella entrada, recibiendo la antigua *Bib-as-Soque* el de *Puerta de Santa Florentina*, desde que el 2 de Enero de 1594 fueron llevadas á la ermita de aquel título desde Berzocana las reliquias de los llamados Santos de Cartagena; *Bib-al-jufía*, bajo la denominación de *Puerta de los Porceles*, proseguía con corta diferencia en el sitio que antes tuvo, hallándose abierta en la *placeta del Esparto la de Santo Domingo*, á la cual sucedía, con nombre de *Puerta del Mercado*, la que antes fué *Bib-al-munién* sobre la que «se hizo cárcel de caballeros y sala de armas, sirviendo además para presidir ferias y mercados un Regidor y un Alcalde» (1). Alterado desde allí el recinto primitivo de la ciudad, habíase practicado por real privilegio la apertura de la *Puerta Nueva*, «la mejor salida y de más recreo» de Murcia, «pues luego en saliendo de la ciudad,—dice Cascales,—hay un paso donde concurren cuatro acequias, tan juntas, que no hay tres varas de una á otra, llenas sus riberras de yerbas, flores y árboles, vista la más graciosa y amena

(1) FUENTES Y PONTE, *Op. cit.*, pág. 33.

que pueden gozar ojos humanos» (1); seguía, ya al oriente, la *Puerta de Orihuela*, llamada un tiempo *Puerta del León*, «porque hasta la conquista hubo allí un bulto de piedra amenazando al Reino de Aragón con la nuestra fiereza» (2), subsistiendo junto á la iglesia de Santa Olalla, aunque con nombre de *Puerta de las Siete puertas*, la que se denominó antes *Bib-Oriola*, «por donde entró don Jaime en Murcia el día de la conquista» (3).

(1) CASCALES, *Discurso XVI*, pág. 418 (ed. de Tornel).

(2) FUENTES Y PONTE, *loco laud.*

(3) *Id.*, *Op. cit.*, pág. 35. Este diligente escritor, y amigo nuestro, que no parece sino nacido en la propia Murcia, según el cariño que le profesa,—recoge respecto de las puertas de la ciudad las siguientes noticias: «La Puerta del Toro fué derribada probablemente al construir el antiguo teatro en 1610, conservándose luego como portillo hasta su desaparición completa á causa de nuevas construcciones. Hoy (1872) no queda más vestigio que un trozo de muralla, el cual puede verse desde la plaza de Ceballos, cuyo resto existe en el solar de la casa que ha empezado á sacar de cimientos el Excmo. Sr. D. Lope Gisbert; la antigua puerta debió ocupar el sitio que hoy sirve de calle treinta á la casa de D. José Mazón.» «La Puerta del Sol debió derribarse al modificar el arenal, como también al construir los muros de encauzamiento del río, ya en el episcopado del más tarde Cardenal Belluga, año de 1714, ya cuando se construyó el Palacio Nuevo... hacia los años 1760: no queda indicios de ella.» «La Puerta del Puente se ha derribado varias veces ocupando distintos emplazamientos: la última que se conoció con dicho nombre fué derribada en 1859.» «La Puerta de Verónicas, hoy de la Aduana, aún queda; pero ya muy modificada como arco de paso, sobre el cual tienen vistas las religiosas del mismo nombre.» «La Puerta del Pilar constaba últimamente de un solo arco, bajo el cual y en uno de sus estribos estaba una reja de la ermita: fué destruída para mejoramiento de la calle en 1863 y se mudó la puerta de dicha ermita al sitio que antes ocupaba la reja.» «La Puerta de San Ginés debió desaparecer á mediados del pasado siglo, si bien quedándose como calle de salida con portillo, el cual, como muchos, ha desaparecido, quizá ocupándose con casas modernas el verdadero emplazamiento de la antigua puerta.» «La Puerta del Azoque ó de Santa Florentina debió ser demolida por los años 1714 ó 1718 á causa de la construcción del Colegio de Huérfanos, fundado por el Ilmo. Sr. D. Luis de Belluga y de Moncada, Obispo de esta Diócesis... No quedan señales ni indicación del sitio que ocupó dicha puerta, pero entre las fachadas de las dos últimas casas del lado izquierdo de la calle de San Nicolás, aparecen aún restos de la antigua muralla: en la prolongación debió estar la puerta citada.» «En el sitio que ocupó la Puerta del Porcel, y en la fachada de una casa, hay una pequeña lápida en que se lee grabada esta inscripción:

Aquí estubo  
La Puerta del  
Porcel.—Año de  
1725

La Puerta de Santo Domingo fué destruída á consecuencia de la construcción



Tal era pues, con la aproximación posible, el recinto de la ciudad que hoy se presenta á nuestros ojos siete veces coronada; recinto inseguro, subdividido en barrios que giraban en torno de la almedina (1), modificado según las necesidades de los tiempos, y ante el cual nos hemos detenido, antes de penetrar en la población que nos tiende sus brazos sonriente y con sin igual coquetaría. Desde el arenal de la que fué en el siglo XVI *Puerta del Sol*, como desde la antigua *Plaza del Almenár* en que se abría la *Puerta de Africa*,—puedes, lector, evocando recuerdos, traer á

de casas en la Plaza del Esparto á mediados del siglo próximo pasado.» «La Puerta del Mercado fué demolida en 1604, y desde entonces se marcó el sitio por medio de una lápida en la pared, la cual ha desaparecido, sin haber hoy señales.» «La Puerta Nueva que se reconstruyó en 1837, mudando á ésta la conocida por Portillo de Garay, fué demolida en 1868 sin dejar señales ni indicaciones.» «La Puerta de Orihuela ha sufrido varias reconstrucciones en distintos sitios, demoliéndose á causa de la revolución de 1868 sin dejar señales ni indicaciones.» «La Puerta de las Siete Puertas de Santa Eulalia, se recuerda respecto de su emplazamiento, además de varios trozos de mampostería en paredes y piso de la plaza de San Felipe, por una gran lápida de mármol blanco empotrada en una fachada frente á la iglesia de San José, en cuya lápida se lee lo siguiente:

EN ESTE SITIO ESTUBO LA ÚLTIMA DE LAS QUE LLAMARON SIETE PUERTAS DE LA MURALLA POR DONDE HIZO SU ENTRADA EL REY DON JAIME DE ARAGÓN DESDE EL REAL DE SAN JUAN QUANDO RECONQUISTÓ Á MURCIA PARA SU YERNO EL REY DON ALONSO EL SABIO DE CASTILLA, RINDIÉNDOLE Á SU GOBERNADOR POR EL REY MORO ALBOAQUES, EN 13 DE FEBRERO DE 1265

SE DEMOLIÓ Y AMPLIÓ Á BENEFICIO PÚBLICO, AÑO DE 1803.

(Murcia que se fué, págs. 418 á 420).

(1) Era esta la forma general de constituirse por tradición las poblaciones musulmanas. Cada barrio ó arrabal (ربض), tenía su mezquita propia y su cementerio, haciendo Aben-Al-Abbar mención de dos de ellos, uno en la biografía del murciano Mohámmad-ben-Said, muerto el año 606 de la Hégira (6 de Julio de 1209 á 24 de Junio de 1210), y otro en la de Mohámmad-ben-Mohámmad-ben-Aixon, muerto en 614 (10 de Abril de 1217 á 29 de Marzo de 1218). Del primero dice que fué enterrado ببني محمد على مقربة مسجد أقرينة, en el cementerio de los Beni-Mohámmad, en las inmediaciones de la Mezquita de la Piedad; del segundo, que recibió sepultura en la Ráudha ó jardín de Aben-Farách en el arrabal de Sirhan, dentro de Murcia (دفن بروضة ابن فرج بربض سرخان). (Diccionario biográfico, pub. por Codera, t. I, págs. 293 y 314, núms. 900 y 914).

la memoria aquellos días en que bajo la dominación de los islamitas, Murcia fué el emporio de la cultura oriental de Al-Andáalus, y en que perdido el brillo de su corona, Córdoba, la antigua, esplendorosa y brillante corte de los Califas, aparecía eclipsada y oscurecida para siempre ante la reina del Segura, á quien sólo Sevilla excedía en grandor y en importancia, según el parecer del Conquistador don Jaime. Á la banda derecha del río, que cruza el viajero desde la Estación del ferrocarril, emplazada acaso en el área de una mezquita y dando nombre á aquel barrio, estaba la *Ermida de San Benito*, cerca de la cual existía la humilde puente de *al-mohajár* (1), cuya memoria guarda con el título la calleja que va desde la *Calle de Cartagena* á la *de la Alameda*, frente al *Paseo de Floridablanca*; allí estuvo el convento de Padres Carmelitas, autorizado por el obispo Comontes en 1586 y reconstruído en 1634, y allí también existía el convento de Capuchinos, habiendo tenido origen la hermosa alameda que da sombra y belleza á tal sitio, en la que de cipreses y de álamos acordó poner la ciudad «en Cabildo ordinario del sábado veintinueve de Julio de mil setecientos setenta y nueve y veintiseis de Abril del ochenta y uno» (2).

Traspuesto el actual puente,—en la que fué *Plaza de la Almenár* (3), donde con varias alternativas estuvo la *Puerta del*

(1) Quizás *المحجر* (*al-mohachár*), porque estuviese próxima la *macbora* ó cementerio de la mezquita á que se alude y que algunos suponen fuera la de *Alharrilla* mencionada por don Alfonso X en la *Carta* dirigida desde Sevilla en 5 de Junio de la era de 1304 (1266 J. C.) á los partidores de Murcia y que insertamos en los *Apéndices*; acaso *al-moxán*, por alguna palmera enana, allí nacida sin cultivo, ó simple corrupción de *أبو الحسن* (*Abú-l-Hasán*), por el nombre del dueño del sitio ó heredad á que perteneciese la puente referida, corrupción nada extraña en gente que al parecer ha hecho *Beni-Aján* de *Beni-Hasán* (بني الحسن).

(2) FUENTES Y PONTE, *Murcia que se fué*, págs. 71 y 72.

(3) Debió cruzar indefectiblemente por aquella Plaza un canal destinado á dar salida á las aguas sobrantes del riego de los jardines, de las huertas y de los baños del palacio musulmico, pues no otra cosa se deduce del nombre, tal como lo consigna el señor Fuentes y Ponte (*Op. cit.*, pág. 70), y que es la palabra arábica *المنهر* (*al-menhar*), usada todavía en Aragón en este sentido, el cual es, según Dozy y de Goeje el de «un canal par où coule dans la rivière l'excédant de l'eau des canaux